

LU CUNTU AVI LU PEDE
(Prólogo)

I

La víspera de la fiesta de santa Ágata, mi abuela Agata, que era tan buena como la santa, venía a buscarme a casa. Me encontraba en el balcón, impaciente por salir, de punta en blanco con mi mejor vestido, el pelo dividido en el centro de la cabeza por una raya recta y bien atado con dos lazos cursilones de color rosa. Bajaba la escalera volando, feliz de separarme durante unas horas de mis padres, que, descontentos casi siempre, hacían la atmósfera de casa irrespirable.

Le estaba agradecida a mi abuela por sus amorosas atenciones, los pequeños gestos afectuosos, las leves caricias, las palabras de ánimo no pedidas y los interminables elogios que necesitan los niños para crecer seguros y adquirir confianza en la vida. Papá y mamá no perdían el tiempo en cosas inútiles, como ellos llamaban a la ternura y el amor, y mi abuela suplía sus deficiencias cuando podía.

Caminábamos en silencio, cogidas de la mano, mis dedos enlazados a los suyos, torcidos por efecto de la artritis y ásperos como consecuencia de las tareas domésticas. El autobús, el número 15, atravesaba Palermo siguiendo una línea recta que iba desde la Estatua hasta la Piazza Marina, en el corazón del casco antiguo. Sentada sobre las rodillas de mi abuela y demasiado pequeña para mirar el exterior por la ventanilla, me dejaba transportar con los ojos cerrados y reconocía las calles gracias a olores y ruidos que, estratificados en mi memoria, constituyen hoy mis recuerdos más antiguos. El perfume delicado y

persistente de las magnolias del Jardín Inglés, las voces de los vendedores ambulantes, los gritos de los pescaderos, las cantinelas de los fruteros para incitar a los transeúntes a comprar naranjas, limones, limas, el largo *uu uu uuuu* de las sirenas que anunciaban la entrada de los barcos en el puerto, la nauseabunda pestilencia del agua cenagosa de la Cala, el olor de las *panelle** de las freidurías del Corso Vittorio, el rítmico y constante golpear de las ruedas de los coches de caballos sobre las lajas de mármol de Billiemi.

Poco antes del final de trayecto, bajábamos del autobús despacio, muy atentas para no resbalar con nuestros zapatos de suela de piel sobre aquel adoquinado gris, brillante de humedad. Paseábamos alrededor de los gigantescos *figus magnolioides*, altos árboles australianos que difícilmente arraigan en Europa, mientras que en Palermo crecen sin necesidad de cuidados especiales y alcanzan dimensiones excepcionales. Las raíces aéreas colgaban de las ramas como estalactitas, formando un entramado inextricable con las terrestres, se unían entre sí como en un laberinto mágico en cuyo interior los niños fingíamos perdernos entre gritos y risas.

Divisábamos a lo lejos el palacio Steri, cuya fachada severa e imponente mostraba el rostro de una Sicilia tan hermosa como cruel. La abuela sabía historias espeluznantes y me las había contado sin ocultar los detalles más horribles:

—Agatì, allí estaba el Tribunal del Santo Oficio. En aquel palacio los hombres de Torquemada, tan hijos de perra que el hecho de estar en la misma habitación que ellos ya te deshonoraba, torturaron a monjas, curas, bandidos y a todas las mujeres que se les ponían a tiro.

El austero y siniestro edificio me producía una gran inquietud, así que cuando veía las ventanas que interrumpían la fachada regular, aceleraba el paso y casi echaba a correr, perseguida por los gritos de las brujas y por peticiones de ayuda que me parecía oír realmente.

* Los asteriscos que acompañan algunas palabras remiten al glosario del final del libro.

—*Cauru e friddu sintu, ca mi pigghia la terzuru, tremu li vudella, lu cori e l'alma s'assuttigghia...* Calor y frío siento, he pillado la fiebre terciaria, me tiemblan las tripas, el corazón y el alma se me encogen... Agatì, así se lamentaba Maricchia, una pobre madre de familia a la que habían acusado de ser bruja. Mientras tanto, el monje de la buena muerte se acercaba a su celda tocando una campanilla: *din din din*. ¿Y sabes quién la había denunciado? —La abuela no esperaba que yo respondiese, claro, pero de todas formas hacía una pausa. En ese instante de suspense, yo me devanaba los sesos e involuntariamente aminoraba el paso. Ella, entonces, tiraba delicadamente de mi mano—. ¡Pues su marido! Tenía una más joven y, como no sabía cómo librarse de su mujer, que se había hecho vieja..., en fin, esas cosas es mejor que te las explique cuando seas mayor.

Terminaba su relato poco antes de llegar a la iglesia de la Gancia, donde girábamos a la izquierda por Via Alloro, en otros tiempos la calle principal del barrio de la Kalsa.

Mi abuela vivía enfrente del palacio Abatellis, en el primer piso de un edificio antiguo y ruinoso que había resistido a los bombardeos de 1943. El inmueble había sido parcialmente rehabilitado y se mantenía en pie por un milagro o, como decía la abuela, por amor a las familias, que de otro modo no habrían tenido donde vivir. El portón, al que de cuando en cuando alguien le daba una mano de pintura, era de un color marrón que tiraba a verde en las esquinas y no se utilizaba desde hacía bastantes años, por miedo a que los herrumbrosos goznes se desintegraran de pronto y la hoja, privada de sujeciones, se desplomara sobre algún transeúnte. El carpintero lo había clavado y había practicado en la madera maciza una especie de puertecita secundaria, que se abría con facilidad y sin ningún riesgo.

Yo, como era pequeña, la cruzaba con cierta holgura, pero mi abuela tenía que ponerse de lado y agacharse un poco para no golpearse la cabeza. El patio interior estaba atestado de bicicletas, herramientas y carretillas. Subíamos por la escalera de negros peldaños de roca asfáltica, estrechos y empinados, tendidos entre las paredes desconchadas y las vigas de madera. El rellano se extendía entre el muro y una amplia abertura que daba al patio de luces del edificio contiguo.

Los bombardeos de la última guerra habían provocado derrumbamientos de edificios enteros, destrozado paredes medianeras, abierto insólitas comunicaciones entre bloques de viviendas contiguos. La reconstrucción, a falta de medios adecuados y de dinero, se había hecho de manera caprichosa y desordenada. Tablones y vigas de madera y de hierro hacían las funciones de barandilla, rellano, solera e incluso muro maestro, según los casos y las necesidades.

—Agatì, anda pegada a la pared.

La abuela no dejaba nunca de recomendarme que fuera prudente. Para ella, la prudencia era más que una inclinación, era su virtud cardinal preferida.

Media vuelta de llave abría la puerta, una doble capa de conglomerado, una especie de barrera virtual destinada a la gente de bien, pues desde luego no habría supuesto ningún obstáculo a la determinación de los malintencionados. Pero el barrio era pobre y normalmente los ladrones lo evitaban, conscientes de que allí no encontrarían nada interesante ni valioso.

El interruptor de cerámica blanca, a la izquierda de la puerta, sonaba como una goma elástica al soltarla, *clac*, y las sombras se desvanecían. El ruido de la calle entraba sin pedir permiso por el balcón siempre abierto, tanto en verano como en invierno. Una cortina bordada de ligero lino blanco, movida por la corriente, atenuaba la luz del día.

La abuela, catanesa de nacimiento, al casarse con mi abuelo Sebastiano había dejado Belpasso, el pueblo donde había crecido, para trasladarse a Palermo, donde nacieron todos sus hijos. Había llevado consigo pocas cosas, entre ellas una profunda fe cristiana en el corazón, una gran devoción por santa Ágata en el alma y, en la nariz, el olor del pan recién hecho y de las doradas pastas que se elaboraban en el horno de su familia.

Los primeros años no habían sido fáciles. Adaptarse al carácter de su marido, hombre bueno pero prepotente y retorcido, le había exigido una gran paciencia, mucha prudencia y una sutil capacidad de mediación. Por otro lado, la cuestión

religiosa había sido causa de incomprendiones, roces y peleas. Sebastiano, como buen palermitano, quería que su familia fuera devota de santa Rosalía, pero su mujer no quería ni oír hablar de cambiar a santa Ágata por nadie, ni aunque se lo pidiera Jesucristo en persona. Es sabido que las guerras de religión son las más largas y sangrientas, pero la abuela estaba decidida a ganar: hizo falta tiempo, pero se salió con la suya, porque la religión es cosa de mujeres y, al menos en eso, las mujeres sicilianas, también en aquella época, eran libres de escoger.

Gracias precisamente a la devoción de mi abuela, todos los años la familia Badalamenti se reunía el 5 de febrero para celebrar la onomástica de sus Agatas con una comida por todo lo alto cuyo postre eran los dulces votivos —las *minne** de santa Ágata, por supuesto—, que hacía a mano ella personalmente, por una gracia recibida o pendiente de recibir.

La abuela, cuyo nombre llevo, había establecido que yo la ayudara en la cocina en la delicada preparación de los pastelillos, y me designó guardiana oficial de la receta y su única heredera.

En la familia Badalamenti la herencia era transmitida a los descendientes según el derecho de mayorazgo, es decir, que el patrimonio pasaba al primer hijo varón, el cual tenía la obligación de conservarlo, protegerlo y pasarlo a su vez íntegro a su primogénito. Pese a que ese derecho había sido abolido tras la unificación de Italia, en nuestra familia, como por lo demás en todo el sur, había permanecido la costumbre de dar preferencia al hijo mayor y reconocer a las mujeres una dote en efectivo que tenía la función de prevenir guerras familiares antiquísimas y violentas. La abuela, feminista a su manera, quiso dejarme a mí el bien familiar más valioso, la receta de las *minne* de santa Ágata.

En la cocina en penumbra se desarrollaba el sagrado rito de la preparación de los dulces, del que eran excluidos los demás parientes, quienes, incapaces de una fe genuina, habrían hecho que el sacrificio de la abuela resultara vano y habrían indisputado con nosotras a la Santuzza (que es como llaman los cataneses a

su patrona), la cual habría podido incluso retirarnos su benévola protección.

Me lavaba las manos con un cuidado especial, el mismo que pondría años después en el hospital antes de asistir en los partos. Delante de la mesa de mármol, manejaba pastaflora y crema de ricota con dedicación y seriedad. En parte para entretenerme, en parte para instruirme y en parte para contagiarme de su fe religiosa ingenua, sincera y apasionada, mi abuela me contaba la vida de la Santuzza tal como ella la conocía.